

ÁLVARO GALMÉS DE FUENTES  
(1926-2003)<sup>1</sup>

El 5 de febrero de 2003 fallecía en Madrid el Excmo. Sr. D. Álvaro Galmés de Fuentes, Catedrático emérito jubilado de Filología Románica de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de la Historia.

En la última visita que nos hizo en Oviedo, a comienzos del verano de 2002, Don Álvaro se veía marcado por la enfermedad. Taciturno, pero animoso como siempre, me insistía en que continuara mis trabajos de provenzal, y lo mismo hacía con mis compañeros de aljamiadismo.

Con la noticia del fallecimiento de D. Álvaro Galmés he revivido mil recuerdos. Por haber convivido diariamente con él durante veinticuatro años en Oviedo, me queda la tristeza, el dolor intenso de no volver a disfrutar de su compañía y, por lo mucho que hizo en nuestra Universidad de Oviedo, la melancólica memoria del tiempo definitivamente ido. Su desaparición es una gran pérdida para la comunidad universitaria e investigadora, pero nos queda el consuelo de que su obra, sus proyectos y sus prolongaciones en la escuela y en los discípulos que él formara sigue siendo una gran fuente de riqueza inagotable. A. Galmés, no sólo trabajó para sí mismo, sino, y sobre todo, con el fin de servir de acicate, estímulo para quienes trabajan y trabajamos dentro de la comunidad romanista y, sobre todo, árabo-romanista.

Aunque haya pasado algún tiempo, el dolor por la pérdida de nuestro maestro en Oviedo sigue muy vivo y difícilmente se borrará por mucho tiempo más que pase. Pertenezco a la primera promoción de alumnos de Filología Románica de Don Álvaro, en la Universidad de Oviedo y fui el primero de ellos en dedicarme a la filología románica. Muy poco después vendrían A. Vespertino, A. M<sup>a</sup> Cano y otros muchos. Don Álvaro llegó a Oviedo en el otoño de 1964, como catedrático titular de la asignatura, entonces muy joven (tenía 38 años), alto, delgado, con poco pelo y con un abrigo largo, de color negro, que contrastaba con el blanco de su 'Mercedes', posiblemente el único coche de esta firma alemana que rodaba por las calles de nuestra ciudad. Procedía de la dirección del Instituto Español de Cultura de Munich y entre su equipaje traía ya algunos libros suyos. Recuerdo que a mis compañeros de curso nos produjo enorme alegría el contar con otro excelente profesor, ya que junto a D. Emilio Alarcos, formaban el 'tándem' que más influirían en nuestra formación filológica, al tiempo que proporcionaban a la Facultad de Filosofía y Letras el prestigio de ser una de las mejores de España en la especialidad de Filología Española. La asignatura de filología románica experimentó un giro total con él: del neogramaticismo más rancio y tradicional, pasamos sus alumnos a estudiar una asignatura perfectamente organizada, estructurada, donde los sistemas (y no los sonidos) se relevaban en sucesivos cortes diacrónicos. Había cambiado totalmente el método, y, con la nueva orientación, esta asignatura, juntamente con la Historia de la lengua española, de D. Emilio Alarcos, se convertían en materias vivas, atractivas y no creo exagerar si digo que, para mí, apasionantes. No creo posible que en el espacio de tan pocas páginas pueda reseñar la figura de Don Álvaro, como profesor y como investigador y maestro, pero, quisiera, al menos, dejar constancia del respeto y cariño que le he profesado durante mi vida y poner en letra mi recuerdo emocionado del amigo y del maestro desaparecido.

1. En las páginas que siguen, algunas valoraciones de sus trabajos (por coincidir con ellas) las he tomado directamente de Rafael Lapesa («Biografía científica de D. Á. G. de F.», *Homenaje a Á. G. de F.* (1985). Vol. III. Madrid: Gredos: Universidad de Oviedo, p. 9-18. 3 Vol.) y de Antonio Vespertino Rodríguez («Don Á. G. de F. (1926-2003)», *Aljamía* (2003), Vol. XV. Oviedo, p. 41-60). Normalmente esta circunstancia se señala en el lugar correspondiente. Por otra parte, la bibliografía completa de Á. G. de F. puede verse en los dos trabajos aquí mencionados: la románica en Lapesa y la árabo-románica en A. Vespertino.

D. Álvaro nació en Madrid el 11 de noviembre de 1926, de madre asturiana, sobrina de D. Ramón Menéndez Pidal, y de padre mallorquín. Asturias y Mallorca serían tierras muy queridas y recordadas a lo largo de su vida y cuyas lenguas están presentes en no pocos de sus trabajos filológicos.

De sus primeros años de estudio, primero en Manacor (Mallorca) y después de la guerra ya en Madrid, en el colegio del Pilar, nos ha dejado unas lúcidas páginas autobiográficas, que escribió a petición del también desaparecido profesor D. Rafael Lapesa, tan admirado y querido por él, y que reprodujo en la «Biografía científica de D. Álvaro», con motivo del homenaje que le rendimos en Oviedo sus discípulos y amigos con motivo del veinticinco aniversario de su cátedra. De este período juvenil de su bachillerato únicamente reproduciré el párrafo, posiblemente el más directamente entroncado con lo que habría de ser su vocación filológica, que entresaco de la «Biografía científica» de D. Rafael, citada en nota. Del Instituto de Manacor, donde inició sus estudios, pasó a Palma y allí recibió enseñanzas, entre otros, de D. José Estrany.

D. José Estrany, profesor de latín que lo explicaba desde el español, una especie de gramática histórica al revés. Aquello nos entretenía mucho .... todo aquello me llamó tanto la atención que, como entonces se me planteó también el problema del mallorquín, se me ocurrió hacer una especie de gramática comparada del latín, del castellano y del mallorquín. Unas 40 cuartillas. Este trabajo tendría otras consecuencias, que luego explicaré...

Ya en Madrid, en el Colegio del Pilar, continúa señalando D. Álvaro:

en aquella época, fue para mí fundamental una especie de escuela paralela. Me refiero a la escuela de Chamartín ... con Diego, con quien mantenía estrecha amistad ... Con su tía María y su tío Miguel Catalán, con don Ramón ... Allí aprendí conducta humana y ciencia, que tal vez, por mi edad, no supe aprovechar como hubiera debido.

Aconsejado por su madre, enseñó a su tío Ramón el trabajillo de Mallorca sobre el latín, castellano y mallorquín.

Yo creo que a mi tío Ramón le hizo gracia la vocación mía espontánea ... me hizo muy amablemente ponderaciones y para animarme a proseguir por ese camino me regaló entonces un ejemplar de la sexta edición de su Gramática Histórica, con su correspondiente dedicatoria: *Para Alvarito. Que persevere. Su tío Ramón*. Estaba yo entonces en sexto, curso en que teníamos Historia de la lengua, y utilizábamos el texto de Oliver Asín, con su apéndice de Gramática histórica,.... [yo] sabía muchísimo, y mis compañeros estaban sorprendidos, sobre todo teniendo en cuenta que yo, por pudor, nunca confesé la fuente de mis conocimientos... Excuso decir, que así quedó determinada fijada mi vocación.

Álvaro Galmés (junto con su primo Diego Catalán) perteneció a la tercera generación de la Escuela de D. Ramón Menéndez Pidal, patriarca de la filología española (y del cual eran sobrino-nieto y nieto respectivamente). De él adquirió el ejemplo, el rigor en la utilización de los datos y materiales en la investigación, la enseñanza y el afán de actualización metodológica, lo que conllevaba la superación del positivismo y del idealismo con la incorporación de las nuevas metodologías nacidas en el seno del Centro de Estudios Históricos de Madrid. También fue discípulo de Américo Castro y de Tomás Navarro Tomás y, más tarde, recibiría las enseñanzas de Amado y Dámaso Alonso. Terminada la guerra civil, desapareció el Centro de Estudios Históricos, dirigido por D. Ramón y se refugiaron en su casa del Pinar de Chamartín y en el Seminario de Estudios Históricos, en el Instituto de Cultura Hispánica.

Terminada su licenciatura en Madrid, vino a Asturias. Aquí conoció a quien sería su esposa, M<sup>a</sup> Concepción Menéndez de Luarca, «Marieschen» para él y para todos nosotros, miembros del naciente departamento de filología románica. Años más tarde nacería su hijo Jaime, y nacería —no me resisto a callarlo— el 26 de setiembre de 1972, coincidiendo en día y casi hora con la presentación y defensa de mi tesis doctoral, dirigida por él, en la Facultad, ya sólo de Filología, en la plaza Feijoo de Oviedo. Mi tesis sería una entre las varias decenas que dirigiría Don Álvaro a lo largo de su vida.

Como ya se indicó, sus inicios en la investigación surgieron en el Seminario Menéndez Pidal. Por ello, los primeros trabajos de A. Galmés responden a la influencia directa de la escuela de D. Ramón: la dialectología astur-leonesa y el romancero, realizados sobre el terreno con Diego Catalán.

Trabajo arriesgado en la posguerra civil —años cuarenta y primeros cincuenta— en que dos jóvenes, indagando límites lingüísticos y recogiendo versiones del Romancero, tuvieron que vencer las enormes dificultades propias de gentes desconfiadas de aquellos jóvenes, lo que provocó no pocas peripecias peligrosas y anécdotas arriesgadas que D. Rafael relata con todo detalle y que Don Álvaro tantas veces nos contó en nuestras charlas informales. De estas encuestas surgieron sus primeros trabajos: la línea divisoria entre /f/ y /j/ en el oriente astur-leonés («Un límite lingüístico», 1946), así como «La diptongación en leonés» (1954), además de otros.

También durante estos años (1947-49), Diego y Álvaro continúan explorando el estudio de Menéndez Pidal «Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método» (1920). Examinaron las abundantes versiones de los romances Gerineldo y de la Boda estorbada, pero, además, llevaron a cabo nuevas encuestas realizadas por toda España, lo que daría lugar al extenso estudio que obtuvo el Premio de Investigación del Instituto de Cultura Hispánica en 1950: «La vida de un romance en el espacio y en el tiempo», libro que se convertiría en obra fundamental sobre el funcionamiento de la tradición literaria oral y que reanudarían en «El tema de la Boda estorbada» (1953) y «La vida de un romance» (1954). Todavía en el Seminario Menéndez Pidal de la Universidad de Madrid, dirigiría, con D. Catalán, los dos primeros tomos de *Trabajos sobre el dominio lingüístico leonés* (1957 y 1960), donde incluyó un artículo propio «Más datos sobre la flexión vocálica en asturiano central», y en las mismas fechas colaboró en los dos primeros volúmenes del *Romancero Hispánico* de Menéndez Pidal y María Goyri. Más tarde, en el I Congreso Internacional sobre el Romancero, celebrado en Madrid, en el verano de 1971, leyó una comunicación sobre «La vitalidad de la tradición romancística». Aquí comienza A. Galmés otro importante descubrimiento al que dedicaría uno de sus mayores esfuerzos: la relación entre las literaturas románicas. En este caso descubre la insospechada coincidencia entre el 'Gerineldo' y 'La Boda estorbada' con la canción francesa *Horn et Rimel*. Aún en 1976, volvería al romancero: selecciona, prologa y anota los textos de la hermosa edición *Romancero asturiano*, con ilustraciones de Bernardo Sanjurjo, y aún más, en 1985, en el *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters* de Mettmann, publicó un magistral panorama de «El Romancero hispánico», con una riquísima información sobre cada romance estudiado.

Para conocer el más importante territorio investigador de Don Álvaro es preciso volver atrás en el tiempo. Entre 1945-47, siendo A. Galmés estudiante aún en la Facultad madrileña, conocerá a dos maestros de enorme influjo en su trayectoria académica e investigadora: D. Emilio García Gómez (su gran maestro en la lengua y literatura árabes) y D. Dámaso Alonso (en los saberes de la filología románica diacrónica), en los que Don Álvaro ya se había iniciado. Galmés hizo compatibles ambas enseñanzas, aplicándolas al dominio hispánico, donde confluían lo árabe y lo europeo. Y entre 1947-49 se va al lectorado de español de la Universi-

dad de Zürich, donde encontró, de nuevo y juntos, los saberes árabe-románicos ya recibidos, ahora de manos de Arnald Steiger, prestigioso maestro en lingüística hispánica, árabe y románica. Vio que arabismo y romanismo, sabiamente combinados, podrían esclarecer muchas cosas que, difícilmente se comprenderían sólo desde uno de estos saberes y así inició la que sería su tesis doctoral, totalmente original, pues prácticamente carecía de antecedentes, si exceptuamos las consideraciones algo intuitivas de Américo Castro en su *España en su historia*. Este trabajo fue *Influencias sintácticas y estilísticas del árabe en la prosa medieval castellana* (1955-56 y 1996). En esta primera gran obra de A. Galmés compara un extenso fragmento del *Calila y Dimna* en su versión árabe con la correspondiente redacción castellana en manuscritos medievales. Ello le permitió, entre otras cosas, «comprobar el trasvase de construcciones sintácticas y rasgos estilísticos árabes a la incipiente prosa castellana en una especie de ósmosis transmisora de vocablos y modos de hablar y de escribir en la interferencia arábigo-romance, además de la interferencia también en el pensamiento y formas de vida». En 1954 obtendría el Premio Extraordinario de Doctorado, y se publicaría dos años más tarde: Fue el punto de inflexión de sus ulteriores estudios sobre literatura aljamiada. Podemos decir que hasta A. Galmés lo que se sabía acerca de estos textos era poco más que la vaga opinión de F. Guillén Robles: «... se advierte en estas leyendas bastante oscuridad en el lenguaje; torpeza ruda en el empleo de algunas partes de la oración...» (*Leyendas moriscas* [1885], Madrid. Vol. I, p. 13). A partir de este trabajo, A. Galmés se dedicó fundamentalmente a desbrozar con rigor y audacia un terreno de hibridaciones, interferencias, contactos e influencias entre el árabe y las lenguas romances, entre las literaturas románicas y las letras árabes, entre moriscos y cristianos, entre la cristiandad y el islam —y como ha dicho mi compañero de Departamento, Juan C. Villaverde—, entre «la algarabía y la aljamía».

Desde los estudios fronterizos entre lo árabe y lo románico hispánico, Galmés se ocupa también del mozárabe. Su primer trabajo en este campo surgiría con: «El mozárabe levantino en los Libros de los Repartimientos de Mallorca y Valencia» (1950), que confirmaba la diphongación de las vocales /e, o/ latinas en estos viejos textos, lo que ya sospechaba desde sus esbozos en otros anteriores de D. Ramón, que él mismo había analizado.

Pero, la relación entre el árabe y los romances hispánicos, las interferencias del árabe en la lengua y literatura medievales castellanas, le llevó a ahondar en las correspondencias fonológicas entre ambos sistemas, ampliándolas a las lenguas románicas. Lo que había hasta entonces sobre los sistemas de ‘sibilantes’ románicas (A. Alonso, 1946) no convencía a A. Galmés, por lo que se aplicó a indagar la naturaleza de esta familia de fonemas, a partir del latín y con las nuevas metodologías de la lingüística estructural románica, y así nacería su segundo gran libro: *Las sibilantes en la Rumania* (1962, Madrid: Gredos). La apuesta investigadora de Galmés era arriesgada. Frente a la presencia mayoritaria de /s/ predorsal en las grandes lenguas literarias románicas modernas (francés, italiano, portugués y rumano..., cuya ‘predorsalidad’ se explicaba como debida a que ya en latín la /s/ había sido predorsal), él va a defender que la ‘ápicoalveolaridad’ del castellano no se debe al sustrato, como venía afirmándose, sino que el carácter ápicoalveolar, no sólo de la /s/ castellana, sino también del catalán y del sardo, es continuación directa de la /s/ originaria latinovulgar, concluyendo que igualmente debió ser ápicoalveolar la /s/ panrománica primitiva, como demuestra su pervivencia en varias áreas románicas y en numerosos dialectos actuales y a través de viejos testimonios dialectales del norte francés. Su proyecto contaba con las suficientes mimbres para construir este magno edificio de investigación fonológica, documentado hasta la saciedad en todas sus aportaciones, que trastocaría anteriores interpretaciones sobre las sibilantes. Éste fue el trabajo de investigación que presentaría en sus oposiciones a cátedra de Filología Románica y que ganó en 1957, pero la obra no vería la luz hasta 1962.

Ya catedrático, toma posesión de su plaza en la Universidad de La Laguna (Tenerife), desde donde se trasladaría a dirigir el Instituto Español de Cultura de Munich, en cuya universidad también impartiría clases como Profesor invitado.

En 1964, como ya he señalado, D. Álvaro llega a Oviedo, iniciando sin duda alguna la larga etapa de 24 años más fructífera de su carrera, tanto como profesor como investigador, pero, sobre todo, como maestro, pues, si hoy existe la especialidad de Filología Románica en Oviedo, ha sido gracias a él. Casi todos los actuales componentes de la misma hemos sido alumnos y discípulos suyos. Todas nuestras tesis doctorales fueron dirigidas por él y la Escuela de Aljamiadistas él la creó. Aún pudo crear otras, pues dejó puestas las bases para que también hubiera dialectólogos hispánicos y provenzalistas, pero, si éstas se frustraron, no fue por su causa. En Oviedo dirigió decenas de tesis doctorales, principalmente de literatura aljamiada; sus alumnos, y simultáneamente también del profesor Alarcos, ganaron y ganamos, en número muy grande, cátedras de Institutos y de Universidad entonces, cuando todavía se realizaban todas en Madrid. En estos años fue catedrático prestigioso, Director del Departamento, Decano de la Facultad, Director del Instituto de Idiomas, además de otros muchos cargos.

Entre tanto continuó ampliando sus estudios de fonética mozárabe con «Resultados de -ll- y -ly-, -c'l-» (1966); «Sobre la evolución de /l-/ inicial» y también su morfología: «Los plurales femeninos [en- es]» (1966), así como caracterizaciones del mozárabe de cada región (Toledo, 1977; Murcia y Sevilla, 1979; Granada, 1980). Todos ellos y nuevas aportaciones acabarían dando lugar al tercer e importantísimo libro (prácticamente el único precedente sobre estos estudios lo constituía el lejanísimo *Glosario* de Simonet), que cubriría el páramo en que estaban los estudios sobre el mozárabe. Nace así su *Dialectología mozárabe* (1983).

Frente al territorio mozárabe, es decir, el territorio de los hispanogodos sometidos a los musulmanes, A. Galmés dedicaría también buena parte de su investigación a los mudéjares y moriscos. El primer texto morisco con el que se enfrenta no tenía un valor literario destacado, pero le llamó la atención el “yeísmo” del mismo. En castellano, el fonema correspondiente era la palatal lateral /ʎ/, que, progresivamente y en determinadas regiones, se venía convirtiendo en /y/ y se pensaba que tal yeísmo se había producido en el trasvase del castellano a América. Pero, Don Álvaro encuentra que ya se podía documentar en fechas anteriores a las que se venían considerando: en el *Cuento de la doncella Arcayona*, de un morisco andaluz, hacia 1609, este cambio aparecía profusamente documentado, lo que permitía sospechar que ya venía de tiempo atrás, presente, en efecto, ya en mozarabismos registrados desde el siglo x («Lle-yeísmo y otras cuestiones» [1956]). Lo que se confirmaría por otros autores que se ocuparon del asunto y que recoge D. Rafael Lapesa.

Hacia no mucho, en 1962, había encontrado Don Álvaro el enorme interés fonético y sintáctico que ofrecían los textos aljamiado-moriscos en el orden lingüístico, sin prestar entonces especial atención al posible interés literario de los mismos. Se dedicó intensamente al estudio sobre sus fuentes, sobre su génesis y su transmisión. Los examinó rigurosamente, observando la lengua en que estaban escritos, con la alternancia mozárabe-romance castellano y plagados de arabismos. Esta metodología le llevó a establecer una nueva técnica de transliteración y de edición de tales textos que siguen sus discípulos más directos y seguirán, sin duda, otros futuros, dentro y fuera de España. En definitiva, A. Galmés se ocuparía durante la mayor parte de su vida de los problemas del Islam peninsular, aferrándose a los temas fronterizos, viviendo vigilante y a caballo entre nuestra cultura y la musulmana, que, durante varios siglos, estuvieron hermanadas.

Poco más tarde, descubriría que estos textos tenían además un enorme valor literario. Ya se había ocupado Don Álvaro de las conexiones transpirenáticas de la épica (además de la hispánica) y el posible influjo sobre ambas de la árabe. Consecuencia de ello fue que, en 1967, A.

Galmés inaugura el curso académico, en la Universidad de Oviedo, con una lección magistral sobre *El Libro de las Batallas. Narraciones caballerescas aljamiado-moriscas*, en el que muestra que, en un ambiente árabe y multiracial, desfilan multitud de elementos fabulosos, legendarios y fantásticos, cuando no sobrenaturales, mezclados con detalles realistas que dan un perfil 'novelístico al mito épico' y que poseen un importante valor literario, como ha puesto de relieve con todo detalle el maestro Lapesa. El núcleo fundamental de las narraciones del *Libro de las Batallas* se refiere a hechos históricamente documentados. Don Álvaro, analizando en estas narraciones los elementos ficticios y apoyándose en otros del texto aljamiado, los compara con los de la poesía épica y la literatura caballeresca europea. La conclusión a la que llega es que existe una gran congruencia, un gran paralelismo, entre el relato aljamiado y la épica castellana por su fidelidad a los hechos históricos, es decir, entre el «realismo del Libro de las Batallas y de la tradición islámica de que procede, con la 'historicidad' de la épica castellana, sólo concebible a través de hábitos contraídos en la multiseccular convivencia con los musulmanes... pues cristianos y moriscos conocían y leían las producciones de unos y de otros». «La imitación se ha hecho en los dos sentidos», según sus propias palabras. Aún seguirá A. Galmés trabajando en la convivencia e intercambio 'cristiano-arábiga' durante la España medieval y en el valor lingüístico y literario de tales textos. Aquí nace otra más de sus vocaciones investigadoras y que seguirá hasta el final de sus días: la literatura aljamiado-morisca, es decir, la literatura de los últimos musulmanes, sometidos a un proceso de aculturación progresiva entre sus vecinos cristianos. En estos textos «se combinan libremente lo maravilloso con lo dramático y, en muy escasa medida, con algunos elementos líricos», también según palabras suyas.

Sería sobre todo a partir de aquí cuando Don Álvaro adquirió renombre internacional. Demostró «cuánto pueden encerrar de fascinante, de heroico y de humano, tanto en el nivel del contenido como en el de la expresión, estos relatos aljamiados. Los pocos especímenes de aljamía que pone a nuestro alcance no hacen más que despertar nuestra curiosidad y hacernos ansiar que se publiquen pronto otros mss. todavía desconocidos...», en palabras de C. López Morillas (*Romance Philology*, 1970).

En 1969 es elegido miembro correspondiente de la Real Academia Española y miembro del Comité Internacional de Estudios Moriscos (CIEM). En 1969 y 1975 es profesor invitado por las Universidades americanas de Wisconsin y Princeton respectivamente, años en que — como ya se ha señalado — aprovecha para releer en los fondos de sus bibliotecas toda la literatura épica y lírica medieval francesa, de las que más tarde saldrán un buen número de trabajos sobre literaturas románicas medievales comparadas.

Un destacadísimo hito en la biografía científica de Don Álvaro lo constituyó, en el verano de 1972, el *Coloquio Internacional sobre Literatura Aljamiado-morisca*, organizado por él y bajo la presidencia de uno de sus más queridos maestros, D. Emilio García Gómez, y al que asistieron las más prestigiosas autoridades y los más cualificados especialistas del mundo en textos aljamiados y moriscos. Tal fue el entusiasmo que despertó entre los grandes maestros de la literatura aljamiado-morisca que los elogios fueron unánimes. Sólo citaré las palabras de D. Emilio García Gómez al abrir las sesiones del Coloquio:

... Me ha traído a Asturias el hecho de tratarse de una reunión científica recién nacida, con toda salud y perfecta normalidad, precisamente en Oviedo, es decir, en el sitio donde menos se esperaría. Claro está que, desde el punto de vista humano, ello se debe al entusiasmo de A.G; pero, elevando más el tiro, no deja de ser sintomático y simbólico que los estudios sobre las postrimerías del Islam en la Península se hagan precisamente en la cuna de la Reconquista. ¿Paradoja? Aca-so lo es...

concluyendo así:

Creo que este Coloquio que hemos mantenido ha sido, gracias a las personas que han participado en él (yo sólo he sido testigo), brillante, divertido, cordial y fecundo. Al felicitar y dar las gracias al organizador y a sus colaboradores, sólo me queda formular votos por que estas reuniones, aquí, fuera de aquí, en la forma que sea, sigan su marcha ascendente. Ad multos annos!

En semejantes términos encomiásticos se pronunciaron otros muchos congresistas (L. P. Harvey, W. Hoenerbach, O. Hegyi, J. Vernet, S.G. Armistead, M. de Epalza, R. Kontzi, etc.). En este encuentro, Galmés pronuncia una brillante comunicación sobre «El interés literario en los escritos aljamiado-moriscos», a la que hicieron expresas y elogiosas referencias varios de los asistentes.

Por estas mismas fechas, Don Álvaro crea la Colección de Literatura Española Aljamiado-Morisca (CLEAM) y la inaugura con dos magistrales obras suyas: *Historia de los amores de París y Viana* (1970) y *El Libro de las Batallas* en 2 volúmenes (1975): piezas maestras con un gran rigor en la edición y en las que entresaca los arabismos y aragonesismos de los textos, pero sin dejar de lado el valor literario de ambos y su posible influjo en las epopeyas castellana y francesa. Se trata, el primero de ellos, de una deliciosa novela caballerescas, difundida por toda Europa (ya en 1525 estaba impresa en no menos de ocho lenguas) y el segundo de un relato épico caballeresco que narra las primeras expediciones guerreras del Islam.

Desde aquí A. Galmés toma decididamente un camino: ha abierto una investigación novedosa. Fija las normas de transliteración, ‘al alimón’ con su gran amigo y colega (fallecido también hace poco tiempo) R. Kontzi, normas que modificaría ligeramente en otro de sus libros: *Dichos de los Siete Sabios de Grecia. Sentencias morales en verso* (1991). Caracteriza lingüísticamente estos textos: el notable arcaísmo, la presencia de dialectalismos aragoneses, que a veces son destacadamente numerosos, el hibridismo árabo-romance en el vocabulario, etc. Investigadores europeos y americanos siguen atentos y consultan con Galmés; numerosos profesores siguen sus pasos y se integran en su órbita investigadora: ha nacido la Escuela de Estudios Aljamiado-Moriscos, con sede en Oviedo y reconocida en todas las Universidades donde se cultivan estos estudios. La culminación de esta obra fue su dirección del *Glosario de voces aljamiado-moriscas* (1994), en el que colaboraron los miembros de la escuela de Oviedo y que es el mejor exponente de la riqueza del léxico morisco dentro de las lenguas hispánicas. La profesora María Jesús Viguera, en el acto de presentación de la obra en el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid, la encomiaba con estas palabras:

El gran impulso de estudio —sobre el aljamiado, literatura y lingüística— ha sido promovido por el profesor Galmés, y lo cumple tanto individualmente como en equipo, con sus discípulos ... Faltaba un «Glosario» de los textos aljamiados; ... hoy por hoy, el resultado que tenemos con este Glosario de voces aljamiado-moriscas es un valiosísimo muestrario léxico, con toda su trascendencia lingüística y junto a ella testimonios diversos y muy expresivos sobre formas de vida y de mentalidades ... Pero no tendríamos tanta esperanza si esto no fuera a ocurrir dentro de unas condiciones: la existencia de un maestro y de una escuela; la sólida raíz y su continuidad ...

La asistencia a Congresos, Simposios, Coloquios y Mesas redondas se multiplica. Él mismo y otros muchos publican los resultados de su investigación en la CLEAM por él creada y por él dirigidos en su mayoría. Después del ‘Coloquio’, A. Galmés participa en los congresos de Nápoles (1974), Montpellier y Túnez (1984), Granada y Toledo (1985), presentando ponencias y comunicaciones que serían atentamente seguidas por los interesados en este tema en todo el mundo. En el *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters* publica un mag-

nífico resumen de conjunto de la literatura aljamiado-morisca (1985), sin olvidar que un año más tarde publicaría sobre un probable cristiano nuevo, pero con huellas de espiritualidad musulmana y rasgos de estilo similares a los de la literatura aljamiado-morisca, otro trabajo: «Alejo Venegas y la tradición morisca», en *Estudios románicos dedicados al Profesor Andrés Soria Ortega*.

Cuando cumplió 25 años como catedrático de Universidad, los profesores del Departamento de Filología Románica de Oviedo, así como otros profesores, maestros, amigos y discípulos de Don Álvaro de universidades del mundo entero, le ofrecimos un Homenaje Científico que apareció publicado en tres gruesos volúmenes, editado por Gredos y la Universidad de Oviedo, que constituyó el más importante reconocimiento en vida a su labor universitaria e investigadora.

Pero el profesor Galmés continuaba incansable con su trabajo. Ya hemos hecho referencia al importante hallazgo —primero un tanto aventurado y posibilista, pero cada vez más confirmado en su obra— sobre el influjo de la épica árabe en la castellana y la francesa. Con anterioridad, esta posibilidad de la influencia árabe en la épica europea sólo había conocido un ‘asomo’ sospechoso y no del todo convincente en el discurso de D. Julián Ribera, en sus «leyendas épicas mozárabes» (1915) y algún que otro trabajo. Pero Don Álvaro continuó su investigación, año tras año, hasta corroborar su teoría prácticamente con el total convencimiento del influjo de los relatos épicos y tradicionales, ya desde *El Libro de las Batallas*, en el que advirtió la coincidencia en muchos aspectos con el *Cantar de Mio Cid* y otras gestas castellanas e incluso con el *Roland* y otros poemas legendarios franceses. Este trabajo y la comunicación —en 1969— en la Academia Nazionale dei Lincei de Roma darían origen a un nuevo libro suyo: *Épica árabe y épica castellana* (1978), del que C. Murciano opinaba: «...el profesor madrileño redondea una obra llena de amenidad, sustanciosa en sus hallazgos y clara en su exposición... Galmés se afana en mostrar semejanzas y afinidades, no diferencias, que reconoce también abundantes. Por ello, aclara que en ningún caso trata de probar que la épica castellana naciera por imitación de la árabe, pero sí que ésta, al par que las canciones de gesta germánicas, se nutre ‘con usanzas y modos de vida islámicos’. ¿Épica ‘mudejarizada’? ¿Y por qué no?».

En este libro, Galmés incrementa notablemente las coincidencias entre los relatos épicos en estas lenguas (árabe y castellana), y no sólo en el caso de *El Cid*, sino también en la leyenda de los Infantes de Salas (coincidencias cuya larga lista recoge D. Rafael Lapesa en la «Biografía científica de Á. G.») y —como ya había anticipado en trabajos anteriores— sigue indagando en las relaciones con la épica francesa, ya que los ‘juglares moros’ convivieron con cristianos castellanos y con ‘francos’. En su estancia, como profesor invitado en la Universidad de Princeton (1975-76), leyó y examinó todas las versiones épicas francesas no leídas con anterioridad y acumuló gran cantidad de información nueva de estas relaciones y, entre los más significativos, que iría desgranando a lo largo de su vida en diversos trabajos, están:

— El posible origen árabe de las espadas *Durendal* y *Almace* de Roland y del Arzobispo Turpin («Les noms d’Almace et cels de Durendal» [1972]).

— Cómo Guillaume se apodera de Nîmes, llamándose *Court Nez*, cuyo sobrenombre se explicaría también desde leyendas árabes («Le Charroi de Nîmes et la tradition arabe» [1979]).

— La presencia de leones —o referencias a los mismos en dos países en que fueron inexistentes— en las epopeyas española y francesa («Le ‘mythothème’ des lions» [1984]).

— Y ya fuera de la épica, ahora en el cuento popular, A. Galmés demostró que el fabliau francés *Du vilain asnier* trata el mismo asunto que un breve relato de Al-Ghazali, filósofo y

místico del Oriente musulmán del S. XI («Un conte d'al-Ghazali et le fabliau français *Du vilain asnier*», *Rom. Phil.*, xxxix [1985]).

— Del mismo modo, encontraría sorprendentes coincidencias entre «Una leyenda oriental y *La vida es sueño* calderoniana» (En *Homenaje a Martín de Riquer* [1986]).

En 1987 se traslada a Madrid, a la cátedra de Filología Románica de la Universidad Complutense, que había quedado vacante por jubilación en la misma de D. Alonso Zamora Vicente, cátedra que para Don Álvaro tenía un especial significado, pues era la que había ocupado su tío-abuelo D. Ramón. En ella cumplió los 70 años y se jubiló, aunque permaneció vinculado a la misma como Profesor Emérito. Como hiciera durante 24 años en la Universidad de Oviedo, Don Álvaro continuó trabajando, dirigiendo numerosas tesis doctorales, de manera callada, infatigable y generosa con los discípulos y compañeros que se acercaban a él para solicitar su ayuda, tanto en el Departamento como en su casa, que, no por casualidad, está ubicada en la calle Menéndez Pidal, en Chamartín.

Continuando con los estudios árabo-hispánicos, que fueron el eje de su investigación a lo largo de su vida, A. Galmés —ya en Madrid— orientó esta investigación fundamentalmente en tres direcciones:

— En sus libros y artículos: *El amor cortés en la lírica árabe y en la lírica provenzal* (1996), entre las que trata de defender un posible origen común. *Ramón Llull y la tradición árabe. Amor divino y amor cortés en el «Llibre d'amic e amat»* (1999); *Romania Arabica. Estudios de literatura comparada árabe y romance* (1999-2000), que Don Álvaro proyectaba en tres volúmenes y de los que dejó dos publicados, donde recoge trabajos anteriores, pero diseminados y de difícil acceso en el caso de algunos de ellos.

— Reanudando su labor en torno al mozárabe, publica *Las jarchas mozárabes. Forma y significado* (1994), en el que Galmés, haciendo suyas las interpretaciones de su admirado maestro D. Emilio García Gómez, pasa revista con rigor a las diferentes explicaciones que se han vertido sobre los textos de estas cancioncillas, asumiendo la polémica científica y admitiendo la posibilidad de error.

— En tercer lugar, aparte de algunos trabajos sobre cuentos y poemas franceses, culmina sus teorías sobre las relaciones entre la épica árabe y la épica románica con el gran trabajo, aparecido en 2002, *La épica románica y la tradición árabe*, en el que enlaza con sus anteriores hallazgos sobre las relaciones entre las espadas de los héroes, el mitotema de los leones, etc., iniciados en los años 1975-76, durante su estancia en la universidad americana de Princeton. Ottmar Hegyi (2003, *Aljamía*. Vol. xv, p. 372-373), refiriéndose a este gran libro, dice:

En la presente obra magistral se nos brindan los juicios madurados durante una larga e ilustre carrera académica de un infatigable investigador y académico, versado tanto en el campo de la literatura tradicional árabe como en la medieval románica, sobre todo la épica

... Frente al escepticismo de opiniones críticas tempranas que tendían a negar la existencia de una tradición épica árabe, Galmés de Fuentes ilustra la gran vitalidad de una tradición épico-caballeresca con una abrumadora cantidad de ejemplos, sacados de textos procedentes de las más diversas épocas, incluyendo los tiempos preislámicos.

El mismo año 2002, continuando con lo que fue el eje central de su obra (las relaciones entre lo árabe y lo románico), reunió una serie de trabajos de D. Ramón Menéndez Pidal, aparecidos a lo largo de su vida, que editó con el título de *Islam y cristiandad. España entre dos culturas*.

Como ya se ha señalado, Don Álvaro, aún después de su llegada a Madrid en 1987, continuaría vinculado siempre al grupo de profesores universitarios que él había formado en Oviedo y así les anima a crear un Boletín de información bibliográfica sobre todo lo relacionado con el mundo árabe-hispano. De este modo nacería la revista *Aljamía* de la que sería presidente hasta su fallecimiento. Esta revista ha crecido considerablemente, tanto en la cantidad de temas abarcados como en la calidad, pero sin salirse del marco objeto de su contenido, recorriendo dos etapas: una, más breve primero, desde el año de su creación (1989) y otra, desde 2002, en que se ha incrementado de forma sustancial hasta alcanzar 500 y más páginas.

El día 15 de diciembre de 1996 A. Galmés ingresa en la Real Academia de la Historia, pronunciando un discurso titulado *Toponimia: mito e historia*, que sería elogiado por su admirado y querido maestro y padrino, D. Rafael Lapesa. En este magistral e interesante discurso, Don Álvaro analiza un abundantísimo conjunto de topónimos hispánicos y románicos, en los que, frente a la formación tradicional y mayoritaria de los mismos sobre bases etimológicas históricas más o menos justificables, o, incluso como reliquias representativas de formas de vida en otros casos, estudia cuál es el resultado de muchísimos de ellos, desde un tratamiento riguroso y críticamente científico. Así, analiza las raíces, prefijos y sufijos de topónimos hispanos comparándolos con los de la Europa gala, alpina o itálica, o con los lejanos del occidente asiático, o con los del norte africano y los enriquece con precisiones sobre las influencias de pueblos emigrantes, así como las alteraciones debidas al lenguaje popular (esto es, a la llamada 'etimología popular') a lo largo de los siglos, y así sorprende al ver que «bajo la capa moderna subyace otra inesperada... La perfección absoluta llega en los capítulos que A. G. dedica a la repoblación mozárabe del valle del Duero, de Castilla la Nueva y la toponimia de frontera», como señala D. Rafael Lapesa en el discurso de contestación en su recepción como académico, y concluye su discurso Lapesa con las siguientes palabras: «el nuevo académico ha demostrado en su discurso la más alta maestría, tanto en la visión total de los problemas como en la técnica personalísima y rigurosa que sabe aplicar a cada uno de ellos. Viene a compartir nuestras tareas no como novel que necesita espaldarazo, sino pertrechado con todas las armas, con todos los saberes del buen historiador. Bienvenido sea».

Más recientemente, en el 2002, en reconocimiento a toda su larga trayectoria como investigador, obtuvo el más prestigioso y ansiado premio que podía recibir: el Premio Nacional de Investigación Científica Menéndez Pidal (que no podía llamarse de otro modo), avalado por personalidades destacadas del mundo entero, entre otros A. M<sup>a</sup> Badia i Margarit, F. González Ollé, L. P. Harvey, Ottmar Hegyi, Samuel Armistead, etc. En el Acta de concesión, se le otorga el premio «por su condición de continuador de la mejor tradición de la Filología Hispánica y sus aportaciones renovadoras desde las perspectivas románica y semítica».

Por fin, en el 2003, la Fundación Temimi, de Túnez, antiguo CIEM (Comité Internacional de Estudios Moriscos) anunció la celebración de un Homenaje a la 'Escuela de Oviedo de estudios aljamiado-moriscos'. En realidad, se trataba de un homenaje a Álvaro Galmés, creador e impulsor de la escuela ovetense. Don Álvaro —nos dice A. Vespertino Rodríguez— contaba a nuestros colegas aljamiadistas, en una de las últimas visitas que éstos le hicieron en su casa de Madrid, que «estaba entusiasmado con este homenaje» y se manifestó muy contento con regresar a donde tantas veces había sido invitado y donde tantas veces —llevado por el Doctor A. Temimi— había conferenciado y discutido sobre temas de moriscología y aljamiadismo. Quería volver a Túnez otra vez en mayo de 2003, pero el destino no se lo permitió: Don Álvaro fallecía tres meses antes y desgraciadamente le perdimos todos.

Don Álvaro ha pronunciado docenas de conferencias en universidades de toda Europa, desde Italia hasta Suecia y desde Rumanía hasta Francia; además de Estados Unidos, Canadá y Brasil, Túnez y Egipto. También, como profesor invitado, ha enseñado en las de Wisconsin

(1969) y Princeton (1975-76). Congresos internacionales europeos y norteafricanos le han invitado a presentar ponencias y comunicaciones. Sus artículos han aparecido en las principales revistas de filología románica y árabe. Es miembro del «Advisory Council» de la *Romance Philology* de la Universidad de California. Es vocal del Comité Internacional de la Société d'Études Morisques. Es miembro correspondiente, desde 1968, de la R. A. E., Premio Nacional de Investigación Científica Menéndez Pidal (2002), además de otras muchas distinciones.

La obra de Álvaro Galmés —como ha señalado Don Rafael Lapesa— es ingente, homogénea y varia. pero, desde mi perspectiva, Don Álvaro ha sido, no sólo el gran investigador de quien tuvimos la suerte de aprender tanto, sino, además un gran profesor universitario, un extraordinario maestro para quienes continuamos en la enseñanza y en la investigación filológica y un gran amigo que nunca podremos olvidar. Si se tratara de hacer la biografía científica de Don Álvaro —que no es el caso— habría que decir que sus logros científicos (con ser muchos) no son sólo los que él personalmente acumuló a lo largo de su vida, sino que Don Álvaro fue Don Álvaro y sus discípulos, su escuela, cuyo mérito es también exclusivamente suyo. Pues hay que decirlo claramente: ni sus discípulos, ni la escuela de estudios aljamiados hubieran existido sin Álvaro Galmés: él fue el creador, el impulsor, el organizador, el motor constante —con el depósito siempre lleno, sin llegar jamás a la ‘reserva’— que hizo mover esta maquinaria, hoy huérfana, de la que tantos y tantos somos deudores, dentro de Oviedo, en España y fuera de España. En nuestra Universidad de Oviedo, desde que llegó en 1962 y durante los 24 años que permaneció en ella, llevó a cabo su mayor empresa: la formación de un nutrido número de alumnos, algunos todavía alumnos, de jóvenes profesores entonces y de quienes ya eran investigadores, tanto en el campo de la romanística (tesis doctorales de dialectología peninsular —Ancares, Somiedo, La Cabrera...—, de provenzal, de literatura), pero, sobre todo, donde creó escuela: en el campo de las relaciones entre los saberes árabes y románicos, tanto en la lingüística, como en la literatura y en la cultura, como ha señalado recientemente mi compañero y amigo A. Vespertino Rodríguez en la emocionada y justa necrológica, dedicada al maestro, casi recién fallecido (*Aljamía*, xv [2003], p. 49-60). L. P. Harvey, profesor de la Universidad de Londres, hablaba de su ‘liderazgo oculto’, que más propiamente habría que llamar ‘su liderazgo discreto’, por la sencillez y la modestia con que trataba a cuantos trabajaban con él. Don Álvaro «no quería pregoneros, sino una brega intelectual paciente, constante y generosa», dice D. Solar en su nota necrológica de *El Mundo* (7.2.2003). Generosidad intelectual e inconfundible estilo universitario del que algunos privilegiados discípulos suyos pudimos beneficiarnos. Incluso fuera de la Universidad, Don Álvaro era querido y apreciado. Una vecina de Linares (Ribadesella), el día de su sepelio, lo definía como «un hombre amable, educado y sencillo, que hablaba con todo el mundo y que nunca se dio importancia».

A buen seguro no es aquí el lugar más indicado para hablar de la proyección futura de la obra de Á. Galmés, pero lo que sí es cierto es que su doctrina, su investigación, su labor científica no ha consistido en una filología de moda, pasajera, destinada a ser olvidada tras su fallecimiento. Sus teorías sobre la épica árabo-románica, su obra en torno al mozárabe, su concepción metodológica en el tratamiento de los textos aljamiado-moriscos, sus investigaciones en filología románica ... han sido y seguirán siendo unánimemente aceptados durante mucho tiempo. Es seguro que seguirán apareciendo manuscritos aljamiados. No sabemos cuántos, pero aparecerán, y quienes quieran estudiarlos, explorarlos científicamente y publicarlos dignamente tendrán que recurrir necesariamente al método, a los criterios y a la sabiduría del maestro del árabo-romanismo, a Álvaro Galmés.

El día 6 de febrero de 2003 «regresaba definitivamente a su refugio riosellano, a esa tierra ribereña y fronteriza de rasgos dialectales en las márgenes del Sella, que, con entusiasmo veinteañero de aprendiz de filólogo, recorrió hace más de medio siglo, en compañía de su pri-

mo Diego Catalán, a la búsqueda del límite entre la /f/- inicial y la /h/ aspirada. Su tierra rio-sellana de Linares le acogía para siempre», en palabras de J.C. Villaverde («In memoriam», *La Nueva España*, 7.2.2003). Su pérdida ha sido dolorosa. El vacío que nos deja sólo podremos llenarlo con el recuerdo emocionado de un hombre que difícilmente se repetirá en nuestras vidas.

José Ramón FERNÁNDEZ GONZÁLEZ  
Universidad de Oviedo.